

Los “Niños Callejeros”.

Una visión de sí mismos vinculada al uso de las drogas*

Mario Domínguez**
Martha Romero**
Griselda Paul***

Summary

“Street kids” can be found in the daily routine of the metropolitan area of Mexico City: in subway stations, in bus terminals, living under a bridge or inside sewers. They are the result of human action, of the social, economic, political and cultural situation of our society. These kids survive in the street in harmful and hazardous conditions; they make marginal economy activities and frequently consume some type of drug, mainly solvent inhalants that damage their physical and mental health.

The present research work is an approach to the life conditions of the “street kids” and to their vision of themselves in relation with their reality. For achieving this objective it a nine month field work was necessary in order to establish a direct relation with a group of twenty male minors that lived and performed their activities near the Tacuba subway station in Mexico City. We gathered as much information as possible in relation to their lives on the street and at school, and on their family of origin.

Among other issues, the type of relation they have with their social environment; their different activities and their behaviour among them selves and in front of others was observed. Using recorded in depth interviews we tried to find out in detail what cosmovision they have of their own reality, by gathering information on their way of thinking, what they think and the content of their thoughts. We also tried to identify their slang which is linked to their own identity; and also the meaning they give to drugs.

Key words: Street kids, qualitative studies, solvent, inhalant, violence, urban environment.

Resumen

A los “niños callejeros” se les encuentra diariamente en la zona metropolitana de la ciudad de México: en las estaciones del metro, en las terminales de autobuses, viviendo debajo de un puente o dentro de una alcantarilla. Son el resultado de la acción humana, de la situación social, económica, política

**Trabajo presentado en el I Congreso Regional de Psicología para Profesionales en América. México, D. F., del 27 de julio al 2 de agosto de 1997.*

***Investigadores de la División de Investigaciones Epidemiológicas y Sociales del Instituto Mexicano de Psiquiatría. Calz. México-Chochimilco 101, San Lorenzo Huipulco, 14370, México, D. F.*

****Comisión Nacional de Derechos Humanos.*

Recibido primera versión: 16 de noviembre de 1999.

Recibido segunda versión: 20 de enero de 2000.

Aceptado: 28 de marzo de 2000.

y cultural de nuestra sociedad. Estos menores sobreviven en las calles en condiciones riesgosas, realizan actividades económicamente marginales y con frecuencia consumen algún tipo de droga, principalmente inhalables que perjudican su salud física y mental.

El presente trabajo es una aproximación a las condiciones de vida de los “niños callejeros” y a la visión que tienen ellos mismos de su propia realidad. Para lograr este objetivo fue necesario convivir durante nueve meses con ellos para establecer una relación directa con un grupo de veinte varones menores que viven y llevan a cabo sus actividades cerca de la estación del metro Tacuba de la ciudad de México. Se recogió la mayor información posible acerca de su vida en las calles y en la escuela, así como acerca de su familia de origen.

Entre otros aspectos, se observó el tipo de relaciones que mantienen con su entorno social; las diferentes actividades que llevan a cabo y su forma de actuar entre ellos y ante los demás. Utilizando entrevistas en profundidad (semi-estructuradas), se trató de conocer detalladamente esta autopercepción, recopilando información sobre su modo de pensar acerca de ellos mismos y de su realidad, que creemos es contraria a la imagen que la mayoría de la sociedad, en su conjunto, tiene de estos llamados “niños callejeros”.

Para estudiarlos se tomaron las principales tesis de la corriente humanista, relacionadas con la acción cultural y las conceptualizaciones más recientes sobre los “niños callejeros”. Utilizamos el método psico-social de Paulo Freire y las técnicas de observación propuestas por Sellitz.

Por otra parte se trató de identificar el tipo de lenguaje que los distingue (ver anexo: glosario de términos), y que está vinculado a su propia identidad y, en particular, saber lo que representa la droga para ellos.

Palabras clave: Niños de la calle, estudios cualitativos, solventes inhalables, violencia, ambiente urbano.

Introducción

En México hay grupos sociales marginados que se caracterizan por vivir en condiciones deplorables, sin respeto a los derechos humanos y faltos de defensa y protección. Entre estos grupos se encuentran los “niños callejeros” que al no contar con los satisfactores mínimos necesarios para sobrevivir, se ven obligados a ocuparse constantemente en procurarse lo mínimo necesario. La búsqueda de satisfactores se origina antes de que ellos comiencen a trabajar y a “vivir” en la calle, debido a las condiciones de marginación en las que viven miles de familias en nuestro país; el desempleo y el poco o nulo acceso a la educación y a otros

servicios básicos, son algunas de las carencias que dificultan la integración de millones de personas en nuestra sociedad (*Fideicomiso para los programas en favor de los niños de la calle*, 1992).

Según datos del Centro Mexicano para los Derechos de la Infancia (CEMEDIN), en 1992 había aproximadamente doce millones de menores entre los 6 y los 7 años de edad que vivían en la pobreza y en la pobreza extrema, de los cuales la mayoría, seguramente, no estaban dentro del sistema educativo o no lo estarían en los próximos años; menores con diversos grados de desintegración familiar, obligados a insertarse en el mundo del trabajo formal e informal.

De acuerdo con el censo de la ciudad de México que hizo la Comisión para el Estudio de los Niños Callejeros (COESNICA) en 1992, se registraron 11 mil 172 niños y niñas que trabajaban o vivían en la calle. De este total, 9.2% vivía completamente en la calle, y 90.8% sólo desarrollaba allí su actividad económica. Las principales actividades económicas a las que se dedicaban eran las siguientes: vender productos en las avenidas o en los puestos, trabajar como payasitos en los cruceros, pedir dinero, limpiar parabrisas, vender periódicos o billetes de lotería, bolear zapatos, acarrear agua y trabajar como repartidores.

Para 1995, el número aumentó en 20%, registrándose 13373 niños y niñas viviendo o trabajando en las calles de la ciudad de México. De éstos, 71.85% sólo trabajaba en la calle o en espacios cerrados, y 14.65% vivía en la calle y había roto todo vínculo con su familia (II Censo de Menores en Situación de Calle de la Ciudad de México, 1995).

Los menores que salen a la calle a trabajar o que viven definitivamente en ella, buscan las alternativas que sus familias no les pueden dar. El menor que “vive” en la calle experimentó un proceso que lo llevó poco a poco a tomar la decisión de permanecer en ella. En este proceso de alejamiento se combinan múltiples aspectos (económicos, psicológicos, culturales, jurídicos, etc.), sin embargo, la marginalidad es el factor común de estos niños y sus familias. Algunos de los problemas que arrojan al niño a la calle son: el maltrato, la incapacidad del grupo familiar para satisfacer sus necesidades básicas materiales y afectivas, así como la escuela, que no responde a su realidad (*Fideicomiso para los programas en favor de los niños de la calle*, 1992).

La realidad, que es diferente para cada grupo social, los condiciona para desarrollar las actividades necesarias para sobrevivir. Por ejemplo, los niños que viven en la pobreza, difícilmente podrán ingresar y permanecer en la escuela, ni siquiera en la escuela pública, porque carecen de los medios para procurarse los útiles y la ropa que necesitan para asistir a ella. Además, el trabajo de muchos de ellos es parte fundamental del ingreso familiar, y el asistir a la escuela implica un costo muy elevado para sus familias si se considera que le quita horas de trabajo productivo (Bárcena, 1992).

No sólo la pobreza los limita, pues aun aquellos niños que logran ingresar a la educación básica a pesar de sus bajos recursos, se enfrentan frecuentemente a serios problemas para mantenerse en ella: la violencia intrafamiliar, la ausencia del padre o de la madre, la separación, el abandono o la pérdida de cualquiera de

los dos, que indudablemente repercute en su rendimiento escolar; la falta de estabilidad familiar les dificulta continuar con sus estudios y los hace no sólo abandonar la escuela, sino su hogar, y buscar otras alternativas para sobrevivir.

La calle

La calle, que son las avenidas, los callejones, los camellones o, simplemente, el pavimento que se localiza abajo de la banqueta, tiene otro significado para los “niños callejeros”. Cada calle refleja, entre otras cosas, la situación, vivencia, alegría y desesperación de los que a diario conviven ahí. La calle es un instrumento de socialización en el que se establecen y se marcan relaciones de todo tipo: de negocios, amistosas, conflictivas, demandantes, etc. La calle socializa a los individuos con el mundo que los rodea, es decir, es un espacio significativo y un lugar desde el cual se estructura una multiplicidad de interacciones sociales cotidianas (Aguilar, 1993).

La calle ha significado para los grupos marginados el lugar más importante para darse a conocer, para exigir ayuda y apoyo; ha sido y es para todos los que no tienen a donde ir, su único refugio, y eso con ciertas dificultades.

Para los “niños callejeros” puede ser un espacio lleno de retos, en donde se sienten libres; un espacio de independencia en el que encuentran su propia identidad al conocer a otros sujetos semejantes a ellos, con características similares entre sí. La niña y el niño “callejeros” toman las calles para encontrar un medio de subsistencia, para establecer vínculos afectivos y, casi siempre, para hacer de la calle su casa.

“Los niños callejeros”

Los niños que sobreviven en la calle con frecuencia son rechazados y señalados como: sucios, malos e ignorantes; vagos que no trabajan, delincuentes y drogadictos (menores infractores), y dan un aspecto muy desagradable al lugar o al espacio en que se encuentran. Todas estas etiquetas los marcan con calificativos que no reflejan con exactitud su realidad, y sí el desconocimiento de las características positivas que han tenido que desarrollar para poder sobrevivir en la calle (Bermúdez, 1989). Sólo por dar un ejemplo de lo anterior, diremos que la mayoría de la sociedad cree que todos los “niños callejeros” utilizan drogas o que todos los niños que inhalan sustancias químicas son “niños callejeros”, pero los resultados de diversas investigaciones han demostrado lo contrario (Gutiérrez, Vega, Pérez, 1992; Gutiérrez, Vega, Pérez, 1993; Vega, Gutiérrez, 1993).

Hay menores que trabajan o viven en la calle que no consumen drogas, y aunque éstos sean la minoría, los hay; así como también hay niños que viven con sus familias y que tienen un consumo frecuente de inhalables y de otras drogas.

Al respecto, Vega y Gutiérrez (1993) señalan que: “Desde el momento en el que se adosa una etiqueta, el rotulado es interpretado y tratado como dice su etiqueta que es, confundiendo así las características atri-

buidas por las etiquetas adosadas a los niños que viven y trabajan en las calles con las características propias de estos niños”.

Algunas organizaciones, con el argumento y el pretexto de que los “niños callejeros” están desamparados y desprotegidos (lo cual es una realidad innegable), y que, por lo tanto, sufren privaciones e insatisfacciones, aseguran que éstos desarrollan instintos violentos que los llevarán, irremediablemente, a vivir de por vida en la cárcel. Esta visión simplista de la realidad, que establece que todos los “niños callejeros” son violentos y no tienen otro futuro que el de la delincuencia y la prisión, provoca que algunas de las llamadas “instituciones de beneficencia” trabajen intensamente por quitar a los menores de las calles para encerrarlos en lugares con normas muy rígidas y corregirlos de manera represiva (Gutiérrez, Vega, Pérez, 1992).

Por otra parte, los términos que hacen alusión a la condición del “niño callejero” como: las de menor infractor, niño abandonado, niño maltratado, niño en circunstancias especialmente difíciles o menores en situación extraordinaria, son definiciones que sólo se refieren a un aspecto parcial de la condición del “niño callejero”. Esto se debe a que las definiciones se hicieron de acuerdo con los diferentes objetivos de algunas instituciones que se dedican a la difusión y a la legislación del problema de los “niños callejeros”.

Hay otras tipologías que intentan describir a los “niños callejeros”; como la sugerida por EDNICA (Educación con el Niño Callejero), que limita sus descripciones a la situación de la ciudad de México, y recoge conceptos utilizados en otros proyectos. EDNICA (1990) clasifica a los “niños callejeros”, en cinco tipos: el niño que trabaja en la calle, el niño que está en la calle, el niño que es trabajador de la calle, el niño de la calle y el niño callejero de origen indígena. Sin embargo, y como lo establece EDNICA, esta tipología no es exhaustiva ni lineal, ni debe ser utilizada de manera tajante y cerrada, ya que si bien es cierto que esta tipología habla de niños cuya situación los pone en riesgo de manera visible, deja de lado los casos de los niños cuya realidad de vida está reprimida y no es tan visible: los niños que trabajan en el servicio doméstico, los prostituidos, los que trabajan en fábricas, los traficantes, etcétera.

Como se puede observar, es muy complejo describirlos como sujetos sociales, de tal forma que sería de gran utilidad comenzar por preguntarles: ¿quiénes son ustedes y qué piensan de sí mismos? El propósito de este trabajo es recoger la opinión de un grupo de “niños callejeros” sobre su idea de ellos mismos y en relación con el consumo de drogas.

Metología

El presente estudio se inserta dentro de la investigación social reflexiva* y, en este sentido, busca la percepción

* Cuando se toma en cuenta la reflexividad del actor social la dimensión se adentra en la interacción de los participantes en el proceso de investigación. Este tipo de investigación afecta tanto al investigador que la induce, como al actor social que la realiza. La relación espontánea con la vida social en vivo es más intensa (Galindo, 1998).

y la construcción cognoscitiva de los mundos sociales construidos por diversos actores y en diversos ámbitos colectivos. Su punto de partida es el reconocimiento de los mundos que perciben como reales, pero no sólo plantea hipótesis sino que interviene en la configuración de los mundos así construidos por medio de interacciones con los actores que observa y con los cuales se comunica (Galindo, 1998).

Para investigar acerca del vocabulario de los “niños callejeros” de Tacuba, utilizamos el método psico-social de Paulo Freire, que es un referente teórico-metodológico útil para localizar las palabras significativas que sirvieron para describir la autopercepción de nuestros sujetos respecto a su situación en la calle y su relación con el consumo de drogas (Freire, 1977; Ferreda, 1972).

Las herramientas que se utilizaron en la investigación fueron las técnicas de observación no participante y participativa (Selltiz, Wrightsman, Cook, 1980), así como entrevistas de exploración profunda de tipo semi-estructurado. En este estudio se considera que la entrevista es un instrumento eficaz y de gran precisión por fundamentarse en la interrelación de los seres humanos; es un proceso dinámico multifuncional atravesado por el contexto social de una vida compleja y abierta continuamente a las transformaciones (Sierra, 1998).

Se investigó a un grupo de 20 “niños callejeros” que viven y trabajan en las cercanías de la estación del metro Tacuba de la ciudad de México, en un periodo aproximado de nueve meses que se dividió en cuatro etapas:

En la primera se obtuvieron los datos por medio de la observación directa o no participativa, en un periodo aproximado de mes y medio. La información se fue registrando en un diario de campo que sirvió para describir la zona y al grupo estudiado.

La segunda etapa consistió en la observación participativa durante seis meses, en la que se estableció contacto con ellos y se trató de participar en algunas de sus actividades, al mismo tiempo que se obtenía más información mediante conversaciones no grabadas, pero sí registradas en el diario de campo, sobre su experiencia en la calle y en la escuela, con su familia, con las drogas y con otros aspectos importantes de su realidad.

En la tercera etapa (mes y medio), ya se tenía la confianza necesaria para poder grabar las conversaciones. La información que no fue posible obtener con la pura observación se recogió por medio de una entrevista. Se hicieron nueve entrevistas grabadas para captar la mayor parte de la información obtenida verbalmente, conservando el lenguaje que ellos utilizaron.

La selección de los sujetos para las entrevistas grabadas se determinó con base en su disponibilidad para participar en esta etapa de la investigación.

Finalmente, en la cuarta etapa se analizó el contenido de las entrevistas y del diario de campo. Las entrevistas se transcribieron para clarificar la información por áreas temáticas, analizarla e identificar las coincidencias y las contradicciones entre los informantes. Los testimonios se desprenden justamente de estas coincidencias y contradicciones.

Los resultados no pretenden ser representativos cuantitativamente, sin embargo, es importante evaluarlos desde el punto de vista de su importancia

sociocultural, ya que con la técnica de la entrevista de exploración profunda, se obtiene información sobre aspectos específicos significativos que a veces no se exploran.

Resultados

Descripción de la zona

Tacuba se encuentra al norte de la ciudad de México, entre los linderos de la Delegación Miguel Hidalgo y Azcapotzalco. Tradicionalmente ha sido, y es, una zona comercial que se ha ido transformando conforme crece la ciudad. En la actualidad cuenta con un enorme mercado popular de frutas, verduras y productos básicos, así como de comida, ropa y calzado, al que diariamente acuden cientos de comerciantes y las vecinas de lugar.

A un lado del mercado se encuentra su catedral que data del siglo XIX, sumergida en un mar de pequeños comercios ambulantes de la llamada “economía informal”, y de comercios establecidos en locales que venden ropa, calzado y muebles, así como de papelerías, farmacias y sucursales de bancos. Además se encuentra la estación del metro que lleva el nombre del lugar y que enlaza dos líneas del complejo subterráneo (Barranca del Muerto-El Rosario y Taxqueña-Cuatro Caminos), que van de sur a norte y de este a oeste, a la que acuden miles y miles de usuarios todos los días.

La principal avenida de la zona es la México-Tacuba, por la que transitan cientos de automóviles, con varios paraderos del transporte público (camiones, microbuses y taxis), ya sea sobre la avenida o a un lado de ella. Evidentemente, la afluencia de personas es impresionante: los que entran o salen del metro; los que van al mercado: “al mandado”, a comer, a comprar ropa o zapatos; los que van al banco o por un libro, etc.; incluso los que van a dormir a las jardinerías que se encuentran debajo de los puentes viales. Los corredores de las jardinerías son los lugares preferidos de estos menores, ahí “talonean”, juegan o inhalan, ahí se reúnen entre ellos y con la gente que los visita, como los educadores de los niños de la calle, los grupos religiosos, los estudiantes, los investigadores, etcétera.

Este es el espacio de los “niños callejeros” de Tacuba, y en todos y cada uno de estos rincones del lugar se les ve en algún momento pidiendo dinero, trabajando, jugando o drogándose. Este es el mundo en el que encontramos a nuestros sujetos y en donde ellos viven.

Descripción del grupo

Los “niños callejeros” de Tacuba son un grupo de aproximadamente 20 niños; a veces más, a veces menos, ya sea porque los encierran, porque se desplazan a otros lugares o porque regresan de vez en cuando a sus casas. Todos son del sexo masculino, entre los 9 y los 25 años, aunque uno de ellos tiene 38 años; a los 4 años lo abandonaron en las calles de Tacuba. La mayoría son originarios del Distrito Federal, sólo 3 de ellos provienen de otros estados de la República (Guanajuato, Estado de México y Jalisco). De todos

ellos, solamente uno vive todavía con su familia, aunque sale muy temprano de su casa y regresa nada más a dormir. Algunos regresan temporalmente con su familia y luego vuelven a la calle, porque no les gusta estar encerrados, porque hay demasiados problemas en su casa o porque a veces los maltratan.

—¿Por qué te saliste de tu casa?—

“Me pegaban mis padres y acá, me encerraban en Alcohólicos Anónimos ¿no?, en un grupo de alcohólicos ¿no?, pero no me late estar ahí ¿no?, no me late”.

“Pus últimamente ya no me gusta estar en mi casa... porque puros problemas en mi casa, pus puros regañones, o sea, como no trabajo y luego como soy vicioso... no me gusta que me estén regañando, o sea, como le decía que pus me gusta ser libre y pus no me gusta estar amarrado ora sí que a ninguna ¿cómo le diré?, me gusta ser libre...”

La mayoría dijo haber estado en alguna casa hogar o en los grupos de auto-ayuda, como Alcohólicos o Drogadictos Anónimos, pero casi siempre se escapan, por las mismas razones por las que no se quedan en su casa: por sentirse encerrados y porque los maltratan. Por lo menos cuatro de ellos han estado en el Consejo Tutelar para Menores Infractores o en algún Centro de Readaptación Social por haber robado —uno de ellos, además de haber robado, lesionó a alguien. Después de que su familia los saca de estas instituciones regresan a sus casas, pero pronto vuelven a la calle, sin que, como ellos mismos lo dicen, la experiencia o el castigo les haya servido de nada.

“Me atoraron al Consejo, y estuve un mes y mis padres me sacaron de ahí y me dijeron que ya, y no pus que ya me voy a portar bien y que la chingada, bueno ya me llevaron a mi casa... ni madres otra vez va pa fuera de la casa y otra vez y me valía y otra vez y otra vez y me valía todo... la segunda me puse a robar y a robar, hasta que otra vez la torcí... no me sirvió de nada estar encerrado aunque hubiera psicólogas y esas trabajadoras sociales, maestras de talleres... pus ora sí que yo no salí regenerado de ahí, salí más maleado... menores de edad que roban, pero que roban casas habitación y pus yo a borrachitos y babosos pus, pus ya viendo las experiencias... a que chinga yo saliendo pus a poco yo más pendejo a poco voy a robar eso”.

Los niños callejeros de Tacuba son muy independientes, pero a veces se les ve en parejas o en grupos de tres. Suelen juntarse para jugar, comer, dormir o drogarse, pero lo más frecuente es que anden solos trabajando, pidiendo dinero, inhalando la *mona* o el bote de cemento. Sin embargo, se mantienen unidos, especialmente cuando tienen que enfrentarse a situaciones difíciles, como cuando la policía los hostiga y los maltrata.

Se visten muy mal, ya que la ropa se las regala la gente que los visita. Casi nunca es de su talla, por lo regular les queda grande y está vieja. Casi nunca lavan su ropa y sólo se cambian cuando alguien les regala más, lo cual no significa que no les guste estar limpios. Cuando pueden buscan la manera de asear-

se, ya sea en los baños públicos o en los hoteles de la zona, pero no siempre tienen dinero para pagar estos privilegios. Con la ropa que se quitan se cobijan en las noches o improvisan almohadas, o la queman para quitarse el frío.

Su lenguaje es ordinario, de “barriada”; es el de la “banda”, que aparentemente es sencillo; sin embargo, en ocasiones se vuelve complejo porque usan palabras que solamente después de algún tiempo de convivir con ellos se sabe a qué se refieren y a veces ni así, ya que una sola palabra puede tener varios significados o la utilizan para referirse a casi todo lo que dicen. Por ejemplo, cuando dicen: “estoy bien acá”, “yo soy el acá”, “esa está bien acá”, “ando acá”, todas estas expresiones toman su significado de acuerdo a qué o a quién se están refiriendo y en qué momento lo están diciendo. Las frases anteriores pudieran significar: estoy bien drogado, yo soy el mejor, esa está bien guapa y ando drogado, respectivamente.

En cuanto a las actividades de estos “chavos” para obtener dinero, indicaron lo siguiente: todos “talonean”, es decir piden monedas; otros acarrear agua, “hacen mandados”, cantan o venden chicles en los transportes colectivos; algunos cuantos limpian parabrisas de vez en cuando, y sólo uno de ellos comentó que le ha hecho al “traga-fuegos” (en algún cruce de gasolina sobre la antorcha encendida y lanza fuego). Un mismo sujeto puede tener diversas actividades; lo mismo pedir dinero que vender chicles o limpiar parabrisas. No tienen un horario fijo para dedicarse a estas labores, pero generalmente las desempeñan ya bien entrada la mañana y durante la tarde, pues duermen durante las primeras horas del día porque se acuestan prácticamente de madrugada.

Por otra parte, es común que en el transcurso del día se les vea inhalando, ya sea en grupo o a solas. No todos consumen las mismas cantidades ni con la misma frecuencia, y por lo menos dos de ellos hacía algún tiempo en que no se drogaban (uno, hacía 6 meses y el otro, 2 meses), porque querían “dejar el vicio”. Además de inhalar y de emplearse en actividades que les proporcionan algún ingreso, desempeñan otras para sobrevivir o ir pasando: juegan y van al cine o a los conciertos de rock al aire libre.

Algunos tienen novia y dos o tres comentaron que con frecuencia tienen relaciones sexuales con chicas que de vez en cuando van a donde están ellos sólo para consumir drogas, y luego se van; también con chicas que trabajan en los comercios o son hijas de los comerciantes ambulantes y, a veces, con las prostitutas del lugar, pero que con ellas casi no se meten porque tienen que pagar o no les gustan.

Los que han tenido relaciones sexuales, por lo regular no utilizan ningún método anticonceptivo aparte del condón, pero no siempre, porque ninguno de ellos está seguro de no haber embarazado a alguien o de no haber contraído alguna enfermedad. Dos de ellos dijeron que tienen hijos, pero no hubo manera de comprobar esta información. Fue difícil averiguar sobre su sexualidad porque tienden a exagerar o a no hablar del asunto; lo mismo sucede cuando se les pregunta acerca de sus probables experiencias homosexuales y de prostitución infantil.

Percepción de sí mismos

Como ya se mencionó anteriormente, los niños que sobreviven en la calle, con frecuencia son rechazados y señalados como: sucios, malos, vagos, delincuentes y drogadictos. Sin embargo, todas estas etiquetas no reflejan con exactitud su realidad, pero sí un desconocimiento de otros aspectos positivos que también han tenido que desarrollar para sobrevivir en la calle (Bermúdez, 1989).

La percepción que tienen de sí mismos y, en particular, de que sean señalados como “niños callejeros” o “de la calle”, se presentó de la siguiente manera: para la mayoría, los términos “niño callejero” o “niño de la calle” no son de su agrado, porque los sienten como un insulto, algo que los discrimina y que los hace sentir que no valen; sin embargo, otros (tres de ellos) dijeron que el ser “niño callejero” les gusta porque se sienten diferentes de los demás (cuadro 1). Dijeron:

“Para mí ser niño callejero es ser unas chingaderas, que no valen nada”.

“A mí no me gusta que digan ay esos de la calle, pues que pasó, cómo que de la calle, muchos dicen que somos de la calle, pero no somos de la calle, somos de nuestra mamá y nuestro papá”.

En las entrevistas y en varias conversaciones, no grabadas, señalaron que son como cualquier otra persona, y que no los tratan así, que son un grupo de “chavos” o de “valedores” que viven en Tacuba.

“Ni madres que me guste que nos digan niños callejeros, somos como cualquier persona”.

Uso de drogas

Respecto al consumo de drogas, algunas percepciones en este estudio de los “niños callejeros” de Tacuba no resultaron del todo ciertas; las presentaremos a continuación como parte de nuestros resultados.

El cemento es la droga que más utiliza este grupo de Tacuba, pero no es la única droga que han probado a lo largo de su vida. Además del alcohol, la mayoría indicó haber consumido marihuana alguna vez en su vida, y por lo menos 2 de ellos han usado cocaína. Sin embargo, estas últimas no las consumen frecuentemente ni en gran cantidad. La marihuana o “mota”, como le llaman ellos, fue para algunos la primera droga que consumieron y que, en ocasiones, siguen consumiendo; sin embargo, por el bajo costo de los inhalables y la relativa facilidad con que los consiguen, el cemento es la droga más usada en esta zona de la ciudad (cuadro 1). Uno de ellos comentó:

“Me empecé a drogar desde los trece años y me latió la droga, la neta yo vi cómo le hacían a la mota y me invitaron un toque, a ver a que sabía y me gusta la acá”.

—¿Dónde compras el cemento?

“En la Comercial Mexicana” ¿Ahí no hay bronca, ahí

CUADRO 1
Consumo de drogas y autopercepción del niño de la calle

Sujeto	Drogas	Percepción de Niño de la Calle
Loco	Cemento, marihuana, chochos, hongos, activo, cocaína y alcohol	"...pus soy, ando en la calle, me quedo en la calle, en el metro acá ¿no?" "...soy niño de la calle porque no tengo casa, no tengo nadie que me defienda, no tengo familia" ¿Te gusta ser niño de la calle? "Sí"
Choco	Marihuana, cemento, hongos, peyote, cocaína, heroína, novain, activo y alcohol	"...muchos dicen que somos de la calle, pero no somos de la calle... somos de nuestra mamá, de nuestro papá" "...A mí no me gusta que digan ay esos de la calle, en la calle por eso uno se prende ¿no?, que de la calle, ¿qué pasó?"
Chido	Cemento y activo	"...no pus la neta yo si me considero como niño de la calle" ¿Y te gusta que te digan así? "Ni madres"
Piri	Cemento, marihuana y tiner	¿Eres un niño de la calle? "Sí, pus soy de la calle" ¿Te gusta que te digan niño de la calle? "No, pero namás te digo ¿no?"
Japo	Cemento, activo y marihuana	¿Tú crees que eres un niño callejero? "Sí, todos somos niños callejeros" ¿Y te gusta que la gente te diga niño callejero? "No"
Tierno	Marihuana, activo, cemento, cigarro, chochos, los roche, tiner, alcohol y pulque	"...pues un niño callejero anda robando y todo" ¿Crees que tú eres un niño callejero? "Yo sí" ¿Y te gusta que te digan niño callejero? "A mi casi no me gustaba, pero de todos modos lo soy"
Nena	Cemento, FZ-10, tiner, marihuana, activo, chochos, gotas, se ha inyectado pero no sabe qué es	"La verdad sí me siento niño callejero, pus de que no estoy casi en mi casa..." ¿Y te gusta que te digan así? "No pus o sea que a mí no me han dicho pero pus yo digo que la gente pus sí"
Pecas	Cemento, FZ-10 y alcohol	"Yo soy niño callejero", ¿por qué? "Porque dicen, porque ando con cualquiera de aquellos de aquí de la calle, por andar con las rucas"
Mono	Cemento, marihuana, activo, tiner, chochos, gotas, cemento, F plus y alcohol	¿Te gusta que te digan o que les digan niños de la calle? "No" "Pus la banda de Tacuba, la banda de los puros chemos"

te lo venden, no te ponen ningún pero? "Nadie, antes... los judiciales si te agarran te lo echan en la cabeza y ya chingaste a tu madre".

Eventualmente, estos menores consumen tiner, activo, cemento 5000 y lo que ellos llaman el FZ10 (pegamento). Como además consumen alcohol, como ya se señaló, al combinarlo con el cemento, dicen sentirse lentos y torpes para caminar o hablar; se vuelven más agresivos y, a veces, provocan enfrentamientos entre ellos mismos y con los demás, lo cual comprobamos por haber sido testigos en una ocasión. Al respecto cabe señalar que ellos piensan que se comportan así por culpa del alcohol y no por haber inhalado el cemento.

El tipo de droga que utilizan los "niños callejeros", es diferente en cada región o zona de la ciudad debido a la disponibilidad y accesibilidad de uno u otro producto. Lo que más utilizan en Tacuba es el cemento, porque lo consiguen con cierta facilidad en las tiendas de autoservicio y porque su costo es relativamente bajo. Para inhalar vierten el cemento en pequeños envases de plástico vacíos que coloquialmente llaman "frutsis", o en los mismos botes de 1/4 en los que viene. En ocasiones usan bolsas de polietileno llamadas "globos" o "globitos" para obtener, según ellos, efectos mucho más rápidos y fuertes. Sin embargo, los "frutsis" son los más comunes porque son los más fáciles de esconder, ya que cuando la policía los encuentra con el cemento o

el activo, se los vacía en la cabeza y en los testículos. Al respecto cuentan lo siguiente:

“Los granaderos judiciales luego nos pegan, nos quitan el cemento, luego nos lo echan en la cabeza, el activo en los huevos también, y arde”.

Según sus propios testimonios les gusta estar “chemos”, es decir bajo los efectos del cemento (“chemo”), sentirse mareados y alucinar. Saben que el drogarse los daña, y a pesar de que la mayoría ha intentado dejar de consumir drogas, sólo lo ha logrado por algunos días. El periodo más largo de abstinencia fue el reportado por dos de ellos: de dos o tres meses. Les es muy difícil dejar de drogarse, pero algunos creen que tal vez algún día dejarán la droga por completo. Esta es la opinión de algunos de ellos:

“Cuando inhalo cemento me siento relajado, tranquilo, pero ya poniéndole ora si que desde la mañana hasta el rato, pus ora si que me hace efecto, ya me hace daño, empiezo a alucinar cosas, me ven por detrás...”

“En mi futuro yo quiero trabajar, que me quite del vicio y todo eso, yo digo haciendo una familia”.

“Yo antes andaba como ellos, pero ya le dejé de hacer, ahora trabajo en la feria y de vez en cuando voy a mi casa y le doy una lana a mi mamá”.

El uso de la droga, entendida por los “niños callejeros” de Tacuba como “vicio”, forma parte de su vida cotidiana. Para algunos fue el catalizador que los alejó de su familia, para otros, la familia fue, paradójicamente, la razón por la que comenzaron a drogarse y, posteriormente, a alejarse de ella. La droga es una de las principales características para identificarse entre ellos; incluso es la imagen que tienen algunos de sí mismos, provocada, principalmente, por la percepción de la demás gente. Inhalar es una manera de ir pasando día con día en la calle, en donde son pocas las opciones para sentirse más o menos bien. Para tres de los menores de este grupo, la droga es la culpable de que la gente los rechace, creen que ya no son los mismos desde que comenzaron a drogarse, y admiten que les gusta demasiado como para dejarla. Ellos comentan:

“Me salí de mi casa porque me gustaba el pinche desmadre, el cotorreo y veía a mis valedores chemear y cuanta madre”.

“Somos viciosos, somos niños de Tacuba, los chemos de Tacuba, a mí me gusta el vicio, me gusta el vicio”.

“Yo antes en la escuela era bien inteligente, sacaba buenas calificaciones, pero le empecé a meter al vicio y ahora soy bien pendejo”.

Discusión

Como entre los “niños callejeros” de Tacuba hay jóvenes que rebasan ya la mayoría de edad, el término de “niños

callejeros”, resulta inexacto; sin embargo, fue necesario incluirlos en este concepto para saber a quién nos estábamos refiriendo, es decir, que por cuestiones de comunicación se adoptó el término, pero esto no significa que los describa adecuadamente desde el punto de vista biológico o legal. Creemos que es más importante su situación y su modo de vida, sus prácticas cotidianas, sus relaciones sociales, su vestimenta, su lenguaje, el entorno en el que sobreviven y su propia historia, que son factores que los distinguen de los demás, incluso de los que tienen la misma edad. El ejemplo más claro y extremo de estos “niños de Tacuba”, es el de un adulto de 38 años de edad, quien fue abandonado a los cuatro años y que desde entonces ha sobrevivido en la calle haciendo todas las actividades propias de los “niños callejeros”, y que no dejó de hacerlas después de cumplir la mayoría de edad. Según su propio testimonio perdió la vista por consumir drogas, lo que le ha permitido seguir pidiendo dinero a las personas que pasan por ahí pero, paradójicamente, lo ha obligado a seguir en la calle. Aunque en Tacuba no hay “niñas y niños callejeros” que tengan hijos dentro del grupo y continúen sobreviviendo en la calle con sus propios recursos y estrategias de sobrevivencia, esto nos habla de la complejidad del problema, en el que la edad es importante, pero no lo único que debe tomarse en cuenta. Habría que preguntarse no sólo por qué los menores salen de sus casas y se alejan de la familia, sino también preguntarse por qué se quedan en la calle; por qué llegan de niños, crecen y rebasan la mayoría de edad, forman sus propias familias y siguen ahí.

Independientemente de todos los términos y mitos, la niña y el niño que viven en la calle son seres humanos en constante actividad y movimiento; sienten, reflexionan y, sobre todo, tienen características propias que los identifican.

La imagen que tienen de sí mismos los “niños callejeros” de Tacuba se debe a la opinión negativa que los demás tienen de ellos. Sin embargo, en este estudio se encontró que ellos se consideran a sí mismos como cualquier otro ser humano, y que los calificativos utilizados sólo sirven para etiquetarlos de manera despectiva, provocándoles una sensación de minusvalía. Ser “niño callejero” les da el sentido de pertenencia que probablemente no sintieron con su familia ni con ningún otro grupo social. De ahí que el lugar en donde han permanecido por más tiempo sea la calle.

Si bien es cierto que en ocasiones se drogan, ésta no es su principal actividad en la calle, porque de ser así no tendrían la mínima posibilidad de sobrevivir en ella. La mayor parte del día la dedican a conseguir dinero, que les sirve para comer, divertirse y hasta para vestirse, dependiendo tan sólo de su habilidad y capacidad para desempeñar cualquier actividad que les reditúe un ingreso. Inhalar cemento o usar otras drogas es para ellos un “vicio” que los daña, pero que les cuesta trabajo dejar porque, drogarse o enviarse los hace sentirse tranquilos y contentos, y parece que no han encontrado, o no conocen, otra forma para sentirse igual. Así como la droga pudo ser la razón de que dejaran su casa, la familia lo fue de que buscaran una salida a la situación de pobreza y maltrato en que vivían en ella.

También es importante saber cómo vive el investigador su experiencia en ese espacio de confrontación social: qué piensa y qué siente, y hasta qué grado se relaciona con los sujetos de estudio. Regularmente, esta información no aparece en la mayoría de las publicaciones, pero como este trabajo es una investigación social reflexiva sería un error omitir este testimonio.

Las emociones van cambiando. Al principio se siente miedo del lugar y de los propios menores que parecen agresivos, en especial cuando están bajo los efectos de sustancias adictivas. Sin embargo, las constantes visitas van disminuyendo ese temor, aunque no llega a desaparecer por completo. Pero después del primer contacto y de empezar a convivir con ellos es casi imposible no compadecerlos, y poco a poco se va yendo el miedo, pero la tristeza llega de la mano de la impotencia; se empieza a sentir afecto por ellos, a disfrutar de su compañía; se crea una cierta dependencia, y cuando no se está con ellos se les extraña. En ocasiones dan ganas de llorar por lo que cuentan; da coraje, a veces risa. Su triste situación hace surgir los recuerdos de la niñez y se comparan las abismales diferencias entre la de ellos y la de otros más privilegiados. Se siente uno culpable sin saber por qué, y deprimido, y se llora a la más mínima provocación. En ocasiones quisiera uno solucionar todos sus problemas, pero la

realidad nos reubica y volvemos a sentirnos impotentes. Entre el olor a "chemo" y las historias que nos cuentan sentimos estallar la cabeza, y surge la pregunta: ¿Qué va a pasar con ellos cuando yo ya no venga? ¿Y qué va a pasar conmigo después de que termine el estudio? ¿Cómo hacer que esta experiencia resulte en un cambio duradero de su situación?

De acuerdo con lo arriba expuesto es urgente escuchar y saber lo que tienen qué decir sobre su situación, que nadie conoce mejor que ellos y que pocas veces se toma en cuenta cuando se quieren tomar las medidas dirigidas a apoyarlos. El problema es complejo y sería un error considerar sólo la versión de los informes oficiales sobre su problemática o la visión moralista que predomina en amplios sectores de la sociedad. Estas no reflejan su realidad, la cual ha rebasado los esfuerzos de las distintas instituciones que se interesan en ayudar a estos grupos marginados, porque la mayoría de las acciones se elaboran desde afuera, sin considerar la visión que tienen de ellos mismos.

Por lo anterior es importante que antes de etiquetar o de emitir cualquier juicio de valor respecto a los niños que trabajan y sobreviven en las calles, y de emprender cualquier programa para ayudarlos, se tome en cuenta la percepción que tienen de su propia situación y la manera como ellos creen poder resolverla.

REFERENCIAS

1. AGUILAR-DIAZ MA: La calle, el viaje y la mirada. *La Jornada Semanal*, 14 de febrero de 1993.
2. BARCENA A: Niños callejeros: árboles para los que no quieren ver el bosque. *Infancia*, 6:1-3, 1992.
3. BERMUDEZ G: Niños de la calle... Chavos sin amor. *ICYT Información Científica y Tecnológica*, 11(151):42-48, 1989.
4. Centro Mexicano para los Derechos del Niño (CMEDIN): *Periodismo por la Infancia*. CEMEDIN, México, 1992.
5. Comisión para el Estudio de los Niños Callejeros. Ciudad de México: *Estudios de los Niños Callejeros*. México, 1992.
6. Departamento del Distrito Federal: *Informe Final del II Censo de Menores en Situación de Calle de la Ciudad de México*. Departamento del Distrito Federal. UNICEF, 1995.
7. Educación con el niño callejero IAP (EDNICA IAP): EDNICA, IAP; los niños que crecen con afecto y juguetes importados, periodismo por la infancia. *Infancia*, 4:13, 1990.
8. FERREDA NM: Teoría y método de la concientización. Facultad de Sociología y Trabajo Social. Universidad Autónoma de Nuevo León. Monterrey, México, 1972.
9. Fideicomiso para los programas en favor de los niños de la calle: *Los Niños de la Calle. Una Realidad de la Ciudad de México*. Fideicomiso para los programas en favor de los niños de la calle. México, 1992.
10. FREIRE P: *Pedagogía del Oprimido*. Siglo XXI, 16 edición. México, 1977.
11. GALINDO J: Introducción. La lucha de la luz y la sombra. En: Galindo J: (ed.) *Técnicas de Investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación*. Ed. Addison Wesley Longman/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.
12. GUTIERREZ R, VEGA L, PEREZ C: Características emocionales, intelectuales, morales y sociales atribuidas a los niños que viven sin su familia en las calles. Reseña de la VIII Reunión de Investigación. Instituto Mexicano de Psiquiatría, *Anales*, 4:157-163, 1993.
13. GUTIERREZ R, VEGA L, PEREZ C: Características psicosociales de los menores que sobreviven en las calles. Reseña de la VII Reunión de Investigación. Instituto Mexicano de Psiquiatría, *Anales*, 3:63-71, 1992.
14. GUTIERREZ R, GIGENGACK R, VEGA L: Con el chemo veo elefantes rosas, con el tiner elefantes azules. Reflexiones sobre el uso infantil de los inhalables. *Interdependencias*, 9(10):17-19, 1995.
15. SELTZ C, WRIGHTSMAN LS, COOK S W: *Métodos de Investigación en las Relaciones Sociales*. Ediciones Rialp, Madrid, 1980.
16. SIERRA F: Función y sentido de la entrevista cualitativa en investigación social. En: Galindo J (ed.): *Técnicas de Investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación*. Ed. Addison Wesley Longman/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.
17. VEGA L, GUTIERREZ R: La construcción social de los drogadictos: El caso de los niños callejeros. En: *Las Adicciones: Hacia un Enfoque Multidisciplinario*. Secretaría de Salud. Consejo Nacional Contra las Adicciones, México, 1993.

ANEXO I

Glosario de las palabras que utilizan los “niños callejeros” de Tacuba para referirse a:

NIÑO:	Chavo, chavito, morro, morrito, chamaco, bomberito.
NIÑA:	Chava, chavita, morra, morrita, bizcochito.
DROGARSE:	Chemear, flexear, enviciarse, ponerle.
CEMENTO:	Chemo, anselmo, memo, flexo, flan, rompopo, resistol.
MARIGUANA:	Mota, mocha, marimocha, mostaza, café, <i>coffee</i> , chubi, flavio, queso, quetus, yerba, joint, golden.
POLICIA:	Azul, policarpio, polizonte, polipuerco, tecolote.
JUDICIALES:	Judas, tira, perjudicial.
GRANADERO:	Perros, puercos.
SOLDADOS:	Sardos, sardinas, pelones.

Significado de las palabras:

Acá: La utilizan para referirse a distintas situaciones, y su interpretación depende del momento y de a qué o a quién se estén refiriendo. Ejemplos: “*estoy bien acá*”: estoy bien drogado, estoy bien fuerte, estoy bien guapo, estoy bien tomado. “*Yo soy el acá*”, yo soy el jefe, yo soy el mejor.

Alucín: Es el efecto que les produce la inhalación de cemento, tiner o activo, con el que se provocan alucinaciones: ven al diablo, escuchan voces, sienten que alguien los está viendo, etcétera.

Apañón: Es el momento en el que los detiene la policía, los judiciales o los granaderos.

Camellar: Significa trabajar.

Cana: La utilizan para referirse a la cárcel o al reclusorio.

Chido: Se utiliza para decir que alguien es bueno, que algo está bonito, sabroso, etc., o que alguien se siente bien. Ejemplos: “*él es chido*”: es buen amigo. “*Este pantalón está bien chido*”: el pantalón está bien bonito. “*Me siento bien chido*”: me siento mareado, contento, alucinado.

Chiva o borrega: Las usan para señalar a alguien que es chismoso, mentiroso o chillón y que es rechazado por el grupo.

Chorear: Mentirle a los demás.

Choro: Mentira.

Coto: Es un diminutivo de cotorreo y se refiere a los momentos en los que se divierten o, como dicen ellos, es el “desmadre”.

Frutsi: Es un pequeño envase de plástico de una determinada marca, en el que vierten el cemento para inhalarlo.

Globos: Son las bolsas de plástico que utilizan para inhalar cemento y con las cuales el efecto es más rápido y más intenso.

Lana: La utilizan para referirse al dinero.

La neta: La verdad.

Mona: Es un trozo de estopa mojada con tiner, del tamaño de la mano, que utilizan para inhalar.

Talonear: Se refiere a la acción de pedirle dinero a la gente que transita por donde ellos se encuentran.

Toque: Es darle dos o tres fumadas a un cigarro de mariguana.

Valedor: Este es uno de los términos que tiene más valor para ellos: significa que alguien es un buen amigo.

Vicio: Con este término se refieren al consumo de drogas.